

L A S A R D I N A

EN TORNO AL PRECIO MÍNIMO

El problema del precio de la sardina continúa coaleando.

Aunque otras inquietudes sociales hayan desviado la atención de este asunto, por lo que a Vigo se refiere en estos días centrales de mayo, no por eso quedó resuelto el pleito, que constituye una de las pesadillas económicas del litoral de Galicia.

Si se pensó en que la fijación de un precio mínimo para la sardina, había de ser la clave del problema, bien pronto la realidad vino a echar por tierra las esperanzas. No por eso debe admitirse que, sin precio mínimo, el conflicto haya de tener remedio.

El precio mínimo es necesario, pero no es todo lo que se precisa. Hace falta afrontar el problema en toda su envergadura, estudiarlo en su vasta complejidad, y no pensar en que aceptada en el papel una medida simplista ya podemos echarnos a dormir.

La cuestión del precio mínimo abarca otras, que previamente han de esclarecerse.

¿Cuál ha de ser el precio mínimo? ¿Debe regir el mismo en abril que en julio, en diciembre que en septiembre?

Primera dificultad, que no hay manera de resolver, más que en función del valor intrínseco de la sardina, ya que este es distinto en las diferentes temporadas. Se ha escogido para fijar el precio mínimo la época peor, aquella en que la sardina es menos apreciada como alimento. Y en justicia, un precio equitativo para la sardina de estos meses, no puede serlo para cuando aquella llegue a su pleno desarrollo sexual.

¿Cómo fijar ese precio?

Con un criterio económico, no por un motivo sentimental. El hambre de los marineros y la penuria de los armadores, tején una situación impresionante, pero solo se puede disipar con remedios financieros, incrementando sus ingresos, lo que unos perciben como salario por su trabajo y otros como ganancias de su trabajo y de su capital invertido.

¿En que debe consistir ese criterio?

Lo han de dar formado las curvas de precios de los últimos cinco años. Es indispensable estudiarlas, y por ellas sabremos lo que espontáneamente, sin tasa, la sardina varió en tal mes, durante todo el ciclo a que el análisis se contraiga.

El precio mínimo será superior a la media, de cada temporada, en una media prudencial, ya que algún sacrificio han de hacer los compradores en favor de los elementos que es indispensable proteger.

De esta manera, indudablemente, se hallará un precio mínimo de relativa justicia, que no hay necesidad de dejar al arbitrio de elementos ajenos a la industria, cuando es un factor entrado en ella íntimamente.

Pero ¿cómo debe de aplicarse ese precio?

Controlando la producción y proveyendo al aseguramiento de destino para el exceso de la oferta sobre la demanda.

Es decir, estableciendo también un tope a las capturas y limitando las embarcaciones. No debe procederse en ese aspecto con mucho radicalismo, por una razón fácil de advertir, si se tiene en cuenta que la sardina es un pescado emigrante. Si lo dejamos marchar, lo aprovecharán los bretones o los portugueses.

No cabe en la dimensión de un artículo, el análisis detallado de este interesante aspecto del problema; pero es indispensable profundizar en él, para llegar a medidas eficaces que preserven contra un formidable incremento de la flota, inevitable si se mejoran las condiciones económicas de la industria, para darle estabilidad. El precio mínimo es un arma de dos filos, y uno puede volverse contra los actuales defensores de esta conquista sardinera.

¿Que hacer con el exceso de producción?

Dejarlo a la puerta de las fábricas, y pasar a cobrar los sábados no nos parece medida práctica, aunque resulte cómoda. Si a las fábricas se le determina un precio mínimo fluctuante según las necesidades, desaparecerá el mayor obstáculo para que absorban toda la sardina que realmente necesitan.

Hay que aumentar el consumo en fresco; almacenar los excedentes en cámaras frigoríficas para los días de escasez; montar fábricas para transformación de desperdicios, a las que se destinen las caladas no susceptibles de almacenamiento, etc.

¿Quién se ha cuidado de estas cuestiones? ¿Que campaña se inició en favor del mayor consumo de sardina en fresco, que ha perdido lamentablemente la estimación de las gentes, sin justificación alguna?

Para lograr todo esto, la industria de la pesca de sardina no puede seguir como hoy, disgregada e insolidaria. De Finisterre a La Guardia debe formar un bloque orgánico, estructurado cooperativamente, o mediante sindicación obligatoria, para afrontar el problema. Lo demás no será eficaz aunque lo parezca.

MAREIRO.